

La función social de la universidad ante la competitividad

Rosa Esther Arellano Becerra* ■

En la actualidad, el desarrollo de conocimiento propio es indispensable para que una empresa pueda competir. Una de las características de la sociedad de hoy es el papel central del conocimiento en los procesos productivos, al punto que el calificativo más frecuente que suele dársele es el de sociedad del conocimiento. La estructura competitiva de los mercados está cambiando de manera esencial por la globalización, la continua evolución tecnológica y la tendencia desreguladora. En este contexto, las fuentes tradicionales de ventaja competitiva de las empresas, activos físicos, financieros, acceso privilegiado a materias primas o a segmentos de mercado protegidos, e incluso a la tecnología, no son ya suficientes porque todos ellos tienden a estar más a disposición de todos en igualdad de circunstancias. Presenciamos el surgimiento de un nuevo paradigma económico productivo en el cual el factor más importante ya no es la disponibilidad de capital, mano de obra, materias primas o energía, sino el uso intensivo del conocimiento y la información.

Por tanto, para competir efectivamente se hace cada vez más necesario desarrollar capacidades distintivas y maneras de

hacer que resulten difíciles de imitar para los competidores. En las empresas, esas capacidades distintivas tienen siempre origen en las personas, que son quienes las desarrollan y aplican basándose en lo que saben. Por esta razón, el desarrollo del conocimiento propio es cada vez más importante para las empresas, ya que estructura y da sentido a esas formas de hacer, distintivas y difíciles de imitar (Bell, 1973; Drucker, 1993). Esto implica además, tanto aprendizaje individual como colectivo, y es precisamente a través de la instrucción como las empresas desarrollan procesos difíciles de imitar, ya que sin duda no se pueden adquirir en el mercado. Hay que aprenderlo, y eso requiere tiempo, esfuerzo y condiciones organizacionales que lo favorezcan, lo que no es posible reproducir o transportar fácilmente de una organización a otra. Por lo tanto, gestionar adecuadamente los procesos que llevan al desarrollo de conocimiento propio y distintivo se está convirtiendo en una prioridad para muchas empresas.

Las economías más avanzadas se basan en la mayor disponibilidad de conocimiento.

* Directora de la Unidad de Innovación, Aprendizaje y Competitividad, de la Universidad Iberoamericana (UIA) León
rosaesther.arellano@leon.uia.mx

La acumulación de conocimiento se ha convertido en uno de los más importantes factores del desarrollo económico y de la competitividad de los países que cada vez más dependen de la capacidad de innovar constantemente; en otras palabras, del uso competitivo del conocimiento y de las innovaciones tecnológicas.

En este momento existe una significativa reducción del tiempo que hay entre el nuevo conocimiento y su utilización tecnológica, al punto que sus aplicaciones técnicas pueden llegar a determinar el contenido de la investigación científica. Según datos de José Joaquín Brunner (2002), 112 años fueron necesarios para la aplicación productiva y oferta al público de la fotografía; 56 años para el teléfono; 35 años para la radio, 12 años para la televisión, y sólo 5 años para los transistores.

El conocimiento y la información se volvieron fuerzas productivas y pasaron a integrar el capital. La inversión en los intangibles que hacen crecer la base de conocimiento de un país: investigación y desarrollo, patentes, educación superior, etc., se ha vuelto tan o más importante que la inversión en equipamiento.

Desde la perspectiva histórica se hace mención a dos revoluciones académicas: la primera está referida a finales del siglo XIX y principios del siglo XX cuando se introdujo la investigación como una actividad sustantiva de la universidad; en ese momento se agregó a las actividades de transmisión y conservación la producción del conocimiento. La segunda revolución académica se inició en la década de los años ochenta del siglo XX y se caracterizó porque el conocimiento era el elemento central, y la universidad, además de producirlo, se encargó de realizar ciertas aplicaciones

comerciales del mismo como lo plantean Etzkowitz, Webster y Healy (1998). En este panorama, los tres principales actores son: el Estado, las universidades y las empresas. Academia, industria y gobierno participan como un todo en la producción y comercialización del conocimiento (López Leyva, 2001).

Desde esta perspectiva es necesario desarrollar una estrategia que ubique a las universidades como instituciones protagonistas de la modernización de la producción, ya que esto no podrá lograrse sin contar con sólidos sistemas de formación de recursos humanos e investigación científica y tecnológica, y sin sistemas eficientes de comunicación y colaboración entre investigación y producción.

Las empresas se encuentran actualmente guiadas por la imperiosa necesidad de conquistar mercados y reducir el tiempo entre innovación y comercialización de un producto o servicio en un contexto en que el conocimiento surge y se desarrolla desde diferentes ámbitos: el educativo, el de las instituciones científico tecnológi-

Unión familiar



cas, el de las empresas con énfasis en las relaciones entre ellas, el de las políticas gubernamentales y el territorial.

Respecto de esta economía del conocimiento, Simone afirma:

Los lugares para la transmisión y conservación de conocimientos han aumentado tanto en cuanto a número y naturaleza, que muchísimos conocimientos ni siquiera pueden ser remitidos a su fuente y en especial ya no pueden ser remitidos a la escuela. Es decir, la escuela ya no es la única agencia que tiene la tarea de difundir ese saber de base, de aumentar el número de personas que saben y debe poner en movimiento aquello que se sabe. Y quizá ni siquiera es la principal (2001: 84).

Para enfrentar estos retos, la universidad debe ampliar el espacio de lo que significa producir conocimiento. No solamente conocimientos científicos y tecnológicos dirigidos al sector que puede vincularse con el mercado competitivo globalizado, sino también conocimientos científicos y tecnológicos dirigidos a resolver los problemas de las mayorías.

Ninguna otra entidad mundial está constituida como la universidad para enfrentar este reto civilizatorio

El mejoramiento sustancial de la competitividad de nuestra región demanda conocimiento, tecnología, manejo de información, destrezas, lo que

significa elevar la calidad de nuestros sistemas educativos, la preparación de nuestros recursos humanos al más alto nivel posible y formar una masa crítica de científicos en nuestro país. Al mismo tiempo, la competitividad implica incorporar el progreso técnico a la actividad productiva. Hoy no sólo compiten los aparatos económicos y las empresas, sino también las

condiciones sociales, los sistemas educativos y las políticas de desarrollo científico y tecnológico. En realidad es la sociedad entera, el país mismo, quien compite y no sólo el sector empresarial. «La carrera económica y geopolítica del siglo XXI es una carrera entre los sistemas educativos» (Gómez Buendía, 1998:8).

Los países o regiones que aspiren a competir en los nuevos espacios económicos tienen que dar atención preferente a la formación de sus recursos humanos del más alto nivel, al desarrollo científico, al progreso técnico y a la educación, ciencia, tecnología e investigación.

Ante estas circunstancias existe una preocupación generalizada en América Latina sobre la pertinencia, equidad y calidad de la educación superior. La falta de pertinencia y disminución de la calidad es revelada, tanto por los estudiantes que perciben la formación que se les ofrece como alejada de sus necesidades y expectativas, como por los gobiernos, la sociedad civil y el sector productivo que con frecuencia expresan insatisfacción sobre la pertinencia y calidad de la formación de los nuevos egresados. La preocupación por la calidad es particularmente relevante en función del papel central del conocimiento en la sociedad contemporánea y de los fenómenos de la globalización y la competitividad internacional.

Al mismo tiempo, existe actualmente en nuestro país un claro distanciamiento entre los sectores universitarios y los sectores productivos y un recíproco desconocimiento. Generalmente el sector productivo e industrial ignora el trabajo que llevan a cabo las universidades en el campo de la investigación y de sus posibles aplicaciones tecnológicas. Este sector vive

a costa de tecnologías importadas, en las cuales deposita toda su confianza. El aparato productivo que genera y exporta fundamentalmente materias primas no elaboradas, no demanda tecnologías avanzadas o sofisticadas. Es común escuchar entre los representantes del sector empresarial apreciaciones negativas con relación a la calidad de la enseñanza y la investigación universitarias y por otra parte, perciben que la poca investigación que realizan no tiene mucho que ver con sus empresas y sus necesidades, por lo que resulta indispensable y urgente promover una relación más estrecha de colaboración y de mutuo beneficio entre ambos sectores.

Las universidades desde sus propios proyectos educativos —y comprometiendo todo su quehacer docente, de investigación y de servicios— deben contribuir en diálogo con el resto de los actores sociales al diseño de nuevos proyectos de sociedad que permitan elevar la competitividad y promuevan la inclusión en el contexto internacional. Dice al respecto Aldo Ferrer:

La experiencia histórica y la contemporánea son concluyentes: sólo tienen éxito los países capaces de poner en ejecución una concepción propia y endógena del desarrollo y, sobre esta base, integrarse al sistema mundial (1999:23).

Es claro que vivimos una época caracterizada por transformaciones sociales, culturales, económicas y políticas profundas; debates intensos y futuros inciertos. Ningún país o sociedad está satisfecho con la oferta educativa disponible y nadie está en condiciones de ofrecer respuestas concluyentes a las preguntas que plantean las nuevas condiciones sociales. Es imprescindible

reflexionar desde la incertidumbre y las interrogaciones, y no desde el supuesto de que hay una respuesta única y definitiva a los problemas que enfrentan nuestras sociedades. La sociedad del futuro deberá contar con instituciones capaces de manejar las inquietudes y de integrar el diálogo como pauta de sus propuestas.

Al respecto, Carlos Tünnermann afirma que el deber de las universidades es hacer propuestas creativas y replantearse los objetivos, la misión y las funciones de las instituciones de educación superior para que estén a la altura de las circunstancias actuales y futuras, y así lograr una educación superior que viva y promueva valores asociados a la libertad, la tolerancia, la justicia, el respeto a los derechos humanos, la preservación del medio ambiente, la solidaridad y la cultura de la paz, como la única cultura asociada a la vida y dignidad del ser humano.

El reto, que es grande y complejo, tendrá que ser enfrentado, como incitaba Xabier Gorostiaga, de una forma universitaria, es decir, como academia, como la universidad que participa plenamente en la vida de la sociedad, y afirma:

Ninguna otra entidad mundial está constituida como la universidad para enfrentar este reto civilizatorio. Potencialidad al menos en principio ciertamente, pero también reto y responsabilidad de demostrar con hechos su relevancia para enfrentar esta misión estratégica de servir como conciencia crítica global y como una plataforma mundial de formación de una nueva generación para el desarrollo sostenible del nuevo milenio (2000: 147 y ss.).

Asumamos esta responsabilidad. ■

■ REFERENCIAS

- Bell, Daniel (1973) *The coming of post-industrial society: A venture in forecasting*, Nueva York: Basic Books.
- Brunner, José Joaquín (2002) «Globalización, educación, revolución tecnológica». En *Educación Superior*, I, año II, enero-junio. República Dominicana.
- Drucker, Peter (1993) *Post-capitalist society*. Oxford: Butterworth Heinemann.
- Etzkowitz, Henry, Andrew Webster y Peter Healey Peter (1998) *Capitalizing knowledge: New interactions of industry and academia*, Albany, Nueva York: State University of New York Press.
- Ferrer, Aldo (1999) *De Cristóbal Colón a Internet: América Latina y la globalización*, Buenos Aires: FCE.
- Gómez Buendía, Hernando (1998) *Educación. La agenda del siglo XXI. Hacia un desarrollo humano*. Bogotá: PNUD/TM Editores.
- Gorostiaga, Xabier S.J. (2000) «En busca del eslabón perdido entre educación y desarrollo: desafíos y retos para la universidad en América Latina y el Caribe». En Carlos Tünnermann B. y Francisco López Segrera (coords.) *La educación en el horizonte del siglo XXI*. Colección Respuestas. Caracas: Ediciones IESALC/UNESCO.
- López Leyva, Santos (2001) «La vinculación de las empresas. Una nueva función de las instituciones de educación superior en México». En *Revista ANUIES*, 120, octubre-diciembre.
- Simone, Raffaele (2001) *La tercera fase. Formas de saber que estamos perdiendo*. México: Taurus.
- Tünnerman Bernheim, Carlos (2004) «Desafíos y tendencias de la educación superior en América Latina». Ponencia del Seminario para el Consejo de Rectores.